



# La Caracola de los Amantes

(O EL INNOMBRABLE SUELO DE LOS AFECTOS)

LYLA BOKÁ

75

**A** veces ni siquiera pongo música para no callarlo por dentro... tal vez la música lo haga menos revuelto, pero siento la necesidad de expresarlo con la sinceridad de la confusión, que es lo que es todo esto.

Soy un personaje indefinido. Eso soy, porque soy un actor de esto que se presume un cuento degenerado. Probablemente le sea en lo absoluto despectivo todo lo que en él mi voz, mi voz que no suena sino dentro de su cabeza —una voz también indefinida y sin género— pueda decirle.

Como no sé dónde empezar, como al fin y al cabo no depende de mí sino de los dedos de alguien que intenta escribirme,

que no sabe describirme, que conoce todas las formas del lenguaje y no puede hacerme verbo, que se inscribe a sí misma como persona a falta de mí, como coqueteándole a un espejo. Ya me pienso adaptado... en conexión con todo... siendo la articulación de una historia lanzada al vacío, esa que oscila entre lo que me ocurre a mí, lo que se le ocurre a la persona que me escribe, lo que ella pudiere querer hacerse en mí, lo que yo pueda receptor de ella para aprenderme como personaje y siempre viceversa.

Y ahora que casi la nombro, esa persona suena al tacto femenina, lo que en mi masculinidad se disuelve a la piel del deseo, a las ganas de ser yo quien la narre, porque difuminada en la pasión de inventarme se hace hermosa y creíble ante cualquier ensueño. Ella, que se inspira en otros para hacerse hombre en mí... ella, a la que ahora prefiero ella. Mi historia no importa, la que importa es la suya, y también la que exhorta esta que debe ser la mía, la que por todos lados le pertenece.

Quién se desnudará para concebirme cada noche, y apoyará su pecho desierto en la almohada para abrazarme y dejarme volver a la letra, procurando no quedarse dormida... y quien, aún haciendo su mayor esfuerzo, me olvida y me recuerda, comprendiendo que entrelíneadamente me abandona. La persona que, dándole la espalda al mundo, me modela, como queriéndome a mí el artista saliente de sus manos, y finalmente obteniéndome.

¿Debería ser yo como ella, o debería ser su antagonista? Tal vez, es mejor ser simplemente un otro mientras ella sea cambiante, cuando narrativamente podamos ser intercalables.

La perfección de toda relación literaria está en la constante retroalimentación negativa, en cuanto mi ausencia confluya en que ella me pueda seguir escribiendo, o me dejase escribirme en ella. Las palabras que deambulan en nuestra mente compartida se vuelven entre ella y yo una constante espera mutua. La diferencia que nos hace un “ella y yo” no es otra cosa que la ignorancia intrínseca del uno al otro, como cuando se chatea con un extraño: nos creamos al tiempo en que nos desvestimos (¿o nos vestimos todavía más?) en una ventana imaginaria.

Si mi personaje fuera algo creativo—sentimental, la describiría gordita o “cariponcha”, una Bridjet Jones que me escribe en su diario... Pero sabemos que nadie imagina eso cuando imagina a su diosa, que el que hizo a Bridjet Jones sabía que eso iba a funcionar con el común denominador de las mujeres, y de los hombres afeminadamente enamorados, no en el sentido machista de los que piensan que a las

mujeres hay que tratarlas con delicadeza, sino porque Osho, son las que tienen los sentimientos, o porque son “románticas” y por eso gustan de ese tipo de películas, a las que nunca se las puede calificar de buenas o malas, sino de “simpáticas” o “entretenidas”... los hombres enamorados poperos cursis, y lo digo como ella que también lo es, lo soy, cuando me siento a ser como adolescente, como enamorado. Es el amor más apreciable, pero es una comedia.

Ser un tipo afeminadamente enamorado no es ser un tipo afeminado, es tener una sensibilidad más rica hacia la vida, es ser fantasioso y soñador, ser el pitufo poeta rechazado por cientos de pituflinas vanidosas.

Femenino o no, las comedias románticas forman parte de mis placeres ocultos como hombre. Es muy difícil tratar esto del género, hoy en día, y peor aún luego de las palabras de Hermione sobre este tema en la conferencia de las Naciones Unidas — me refero a la actriz que interpreta a Hermione, esta niña Watson — me vuelvo más romántico, de un romanticismo realista flaubertiano del siglo XXI. Por lo pronto creo que soy un tipo que va al cine, disfruto del cine rosa y taquillero (aunque sea rosa) y de la música nostálgica y de las buenas novelas, me gusta reír y —por qué no— llorar de vez en cuando... es posible que haya estado afeminadamente enamorado alguna vez en mi vida... más o menos cuando ella tenía quince años y empezó a escribirme por instinto:

*“Te dejaré de amar el día en que un pintor plasme sobre su lienzo el ruido de una lágrima al caer”.*

Imaginándose a ella misma chorrear la pintura sobre un muro, mientras hacía un graffiti de mentira, firmado con cualquier nombre de mujer, para publicarlo en una revista latinoamericana para niñas adolescentes en una sección llamada algo así como “Clasificados pensamientos” (no, para nada se llamaba así, pero bueno), junto a una serie de dedicatorias que enviaban otras lectoras a sus noviecitos y mejores amigas (cosas más bien cursis y ridículas: “Dejemos que este amor crezca y perdure... blablabla... te amo por siempre, Kary”); cosas que después de todo a ella le hubiera gustado poder decir, sólo por desear a veces ser una más del montón del fatuo contenido, por tener a alguien real a quien dedicárselas y con quien repitiendo clichés poder creerse los únicos en el universo.

Sí... y es prácticamente evidente pensar que una jovencita inteligente como

ésta de la que me enamoraría neciamente no “merece” una estupidez de esas, pero aún así era lo mínimo que pedía, y pedía siempre lo mínimo porque en su inconformidad no podía ver la profundidad de su belleza, y no podía hacerlo porque a pesar de que la admiraban muchos, aún nadie se había enamorado de ella, como sólo lo haría alguien a quien se le puede llamar todo un personaje. Me adulo. Y no soy correspondido, tengo un ego. Qué bello esto.

*Y es tan beautiful... mereces lo que sueñas...*

Sucede que a esas edades uno cuenta como amor de verdad al amor platónico, intenso o duradero, o a ese con quien pudiste jugar por un rato a ser más que la persona que creías que eras: la persona ideal... y en otras palabras, quien se deja hacer también un personaje digno de contar.

Si me preguntaran ahora, bajo mi estado “Agujetas de color de rosa” quisiera haber sido entonces su anhelado primer “beso de verdad”, y compartir con ella el mágico misterio hormonal de ese instante que será eternamente recordado. Pero si dejo que ella me dé un espacio de existencia en ese tiempo aún no escrito por sus dedos, caería en cuenta de que en su vida real el primer beso es un completo desastre...y que por eso siempre es bueno dar varios primeros besos en la vida.

Empecemos, pues, por lo primero que se pueda contar...

Se supone que este deseado por todas se fijaría un día en mí—ella, que era la que aparentemente no se fijaba en nadie, pero que se fijaba como mínimo en tres que, fácilmente no se fijaban en ella en realidad, sino que así ella lo vería venir... fijar, fijar y fijar... como contar hasta tres, fijaciones nada más... ilusiones inocentes con intención, tan probables como un oleaje por cada siete ondulaciones marinas, como la sensación indecisa de estar a punto de estornudar a propósito.

Pues resulta que este sujeto en cuestión sí se fijaba en ella, mas necesitaba una prueba de que ella se fijara también en él, para que sucediera cualquier cosa que pudiese suceder, como eso que prefiero dejar que se cuente desde el recuerdo de la invención de sus ojos... donde ni yo —como yo—, ni yo —como ella— sabíamos qué hacer, pues desconocíamos en lo absoluto que los papeles dentro y fuera de las ficciones estarían revueltos, y que para conseguir a su amado ya no debía aparentar ser una bella y delicada Julieta, ni mucho menos una Romea, pues me sería imposible imaginarme a un Julieta sin que se me figure un hombre que definitivamente no sería de gustarle a una mujer como mi mujer: “demasiado fino” sería el eufemismo que usaría el auténtico

tío para referirse al casual compañero, lo que es extraño porque finalmente sería un afeminadamente enamorado, que es lo que sí querría mi chica, una chica, sino que ella se imagina a James Marsden en Encantada. Hablo como si pareciera que yo fuera este ser que se siente algo homofóbico en la imaginación de ella, pero que la verdad es que sólo se conforta en su transmutable sexo opuesto, y los prejuicios nos confunden.

Entonces yo, Romieta, voy a llegarle a mi primer otro, ya que —si me gusta— la ley no es hacer que él guste de mí, sino suponer que ya gusta de mí como yo gusto de él por ser mi propio engendro amoroso a causa del engendroso amor propio que finalmente lo convencerá de que así son las cosas... Y, en vista de que no puedo decírselo en persona, le diré que lo quiero escrito.

—Te quiero —wleí al deshacer un avioncito de papel, y cuando me voltee para asegurarme de qué aeropuerto provenía, ella estaba clavada sobre la mesa, cubriéndose la cara entre sus brazos cruzados, dejando solo al descubierto la mínima parte de mirada necesaria para espiar mi reacción. Sin embargo, no quiso verla, huyó de la situación como si hubiera sido otro el culpable del aterrizaje de ese avión sobre mi pupitre, y volteó a conversar con el de al lado, haciendo inútilmente como si se riera con él del chiste que se acababan de contar. No pude entonces no haberle respondido algo, cualquier cosa que sonara razonable, cualquier trasto de palabra de las que se tienen a la mano y que se dicen como repartiendo flores a la deriva... no pude ser el pitufo poeta en ese entonces, sólo me acerqué a ella al finalizar la clase y le dije, cual delincuente, que nos encontraríamos después de clase en el jardín a donde todos iban a fumar a escondidas:

—Te espero en la casita...

¿Cómo contarla a ella escribiendo entonces, sino a través de mí? Como el propio dios que escoge a su madre, para que sea la madre de su yo—hijo, quien lo cuenta como un ser omnipotente y omnipresente.

Pero yo no soy ella, yo no soy yo ni soy dios, yo insisto en ser sólo la voz de los dos.

Y me pongo eufónico, o rimador, o pendejo.

Y no fui, al jardín... No fui porque soy un escrito, y ella no me hizo ir, me dejó con las ganas de ser, y a cambio de mí se inventó un Pablo.

Un día ella dejó de esperar a ese “príncipe azul” que yo digo que era yo, que era yo en todas mis formas... e intentar con otros colores y estatus, y de ahí surgió por primera vez como un galán callejero, un ser que con catorce años había vivido todo lo

que se puede esperar que uno de veinte haya vivido, además era chileno o argentino, o uruguayo o algo, o sea, estaba en otro nivel para los chicos de su edad y de su país, porque los sureños son otro nivel — según su amiga Andrea.

Sólo con preguntarle con acento extranjero: “¿cómo te llamai?” o “¿cómo te llamás?”, le derretí el mundo. Fui ese con quien ella tropezó en un metro, ese que le dijo “cuidado”, ese que no le salvó la vida, pero que en otras circunstancias —más que todo en la imaginación— para ella lo había hecho. Sí, esa salida desconocida del mundo, esa salida turista que hace que uno se quede de pie en el transporte público subterráneo que le gustaba tanto tomar, en vista de que donde vivía no existían los metros... Ella que lo había visto en el internado, en la otra sección, en la que fuera que quedara bajando las escaleras, lo había visto alto y musculoso, con un caminar tan arrasador, tan seguro, tan lindo, no sé por qué... siempre con un disc—man, por aquella época noventera, siempre tan en lo suyo, tan arrogante y amable al mismo tiempo...

Me hace pensar en cómo eran esos personajes, no sé ni siquiera si los creaba y los definía y decía, este va a ser así o este va a ser de tal otra manera, o yo voy a ser ella, o yo voy a ser él, y cambiaba a cada rato de idea, justo cuando ya me iba gustando, y me hacía pensar si es que acaso yo necesitaba identificarme siempre...

Entonces, frente a mí, ella sólo sabía que en cualquier momento por ahí iba a pasar un beso. Y me habría gustado que ella no lo supiera, en realidad, porque tal vez fue eso lo que hizo que ese beso no fuera una sorpresa, que fuera algo forzado (por no decir vergonzoso) y en fin... un desastre en el que casi toda su cara cupo en mi boca, y a partir del que ella pudiera decir que nunca más querría besar a un hombre, ni yo a una mujer que jamás haya besado a un pseudo—hombre como me había imaginado a mí mismo frente a esa situación si hubiera ido a la tal casita de aquel jardín en lugar de él... O tal vez lo piense así por el mismo hecho de que no sucedió conmigo lo que sucedió con otro.

Seguiría entonces esta historia sin decirnos que nos disgustó ese beso, si es que así fue para los dos, y que de pronto vendría otro... pero no. Estos galanes callejeros nos dejamos siempre engañar por otro tipo de mujeres empeñadas en hacerle la vida imposible a las mujeres de los sueños, esas que podrían intervenir también en la categoría “mujeres de los sueños” pero de esos sueños que no se cuentan si de quedar bien con una niña buena se trata, de esos sueños pesadillezcos y sexuales. Las villanas de las telenovelas a las que más compasión hay que tenerles. Esas mujeres que desean a

los hombres callejeros tanto como la mujer de mis sueños estaría enamoradiza de ellos por casi haberle salvado la vida, según ella hiperbólica. De cualquier modo, aunque esta mujer pesadilla lo hubiese “patentado” en una cama, y así no hubiese sido lo que parecía ser (y que era evidente que no era), ¿valía la pena llorar?

Y bueno, yo insisto en ser ese... yo insisto en ser cualquiera, yo insisto en ser.

Y es que la mujer de mis sueños es en el fondo una mujer para ser un afeminadamente enamorado, a pesar de que ella no luzca como una Bridjet Jones y sea ante mis ojos realmente encantadora (no, en serio, realmente encantadora, bonita, inteligente, tetona y ridículamente infantil). Al final nos vemos de dos formas: o galanes callejeros, o (afeminadamente) enamorados... o una buena mezcla de los dos (no, en realidad es lo que todos queremos creer que somos, pero sólo podemos ser uno... a la vez). Y para ella tengo que ser más que todas las opciones que ella misma podría darme, tengo que ser ella en hombre, sin que se me ocurra ser su mejor amigo, porque con ese cuento a otros... (Sí, a mí también me pasó).

¿Cómo me convierto ahora en todo un personaje? Me enredo con la mujer—pesadilla y me arrepiento y vuelvo a mi mujer, a quien voy a llamar Amanda Malocci sólo porque me gustaría que así se llame, más que por ponerle un nombre, por auscultar la identidad, porque me conjeturo con ese nombre a una princesa vampira a quien vuelvo con la excusa del equivocado, a decirle que realmente ella me interesa... a decirle una sarta de cosas haciéndome el malherido (olvidalo, mi amor) ¿para ver si ella me perdona? No, mi mujer no me perdona, me mata, deja mi cadáver en esta línea.

Sólo podemos ser uno de los dos. Como peor la mujer ser una de las dos. Si tan solo fuéramos conscientes de que somos uno, los dos en uno (no, eso es lo que queremos creer... y toda esa dicotomía mamona.

Y es que es tan difícil confiar en un hombre cuando nunca has tenido a uno tan de cerca... Cuando sólo éramos seres de pósters, de imágenes de tv, de canciones pop, pop, pop... la envidia de todos los seres reales, o de los losers llenos de granos en la cara, fierros en los dientes y dudosa voz, hasta antes de convertirnos en cualquier Pablo o Roberto, o sea los mismos Pablo y Roberto de preadolescentes, unos idiotas.

No sé, sólo lo escuchaba hablar de sus experiencias en esas discotecas según como eran las discotecas por allá en el sur... que no quería pensar nada, tenía catorce años... era hasta menor que yo. Claro, no hablaba con ella, sino con otros amigos, ella sólo estaba ahí “por casualidad”... ¿qué hacía ella ahí? No tenía sentido:



—María...

Qué lindo nombre, claro, creo que no importaba qué nombre le hubiera dicho ella, él igual habría contestado eso, por amabilidad... por su condición de latin lover callejero... ¿Por qué callejero?

—Bueno, me gustaba usar pantalonetas anchas, rotas, escurridas, enseñar parte de la raja, con la cadena colgando, tatuajes, andaba hip—hopero y aparte dibujaba marcianos haciendo skateboarding, incluso tenía mi propio seudónimo de grafitero: Meduso, jaja era un bakán

¿Era?

Me da risa cómo cambia el curso de los hechos... Ella vuelve a los mismos lugares con otra perspectiva de la vida, ella regresa para acabar con todo lo que de alguna u otra manera no tiene fin en la vida: el amor. Y contacta al personaje inspirado en Pablo porque es una maravilla hacerlo recordarse a sí mismo adolescente. Este Pablo, lo envidio igual, a pesar de los años.

—Recuerdo que una vez te besé...— escribió el verdadero personaje de Pablo en un mensaje de texto, que envió 7 años después, cuando ya estaba en Sur y ella al otro lado del camino...

82

No quiere recordarlo, hermano, créeme que no quiere recordarlo. Sí quiere, porque cambia el curso de los hechos, vuelve a los mismos lugares con otra perspectiva en la que lo trae también a él y en donde al fin y al cabo se rien. El amor.

Pero ¿por qué todos me decían que yo me le declarara a él? Que yo le “llegara” a él, ¿por qué? Yo realmente me habría quedado en el renacimiento shakespeareiano... yo me la pasaba mirando a través de la ventana por si algún día aparecía un sapo a preguntarme cómo me llamo. El Sur le lleva años de feminismo al norte. A lo igualitario. Y Hermione.

¡Pero qué cómodos estos sureños posmodernos! Cómoda yo en la ventana, qué rico él bailando desnudo a través de la ventana y haciéndome la que no lo vi. Es estupendo. Asumamos que ya no somos los mismos.

María pasaba frente a la ventana de ese cuarto, justo luego de que él tomara un baño vespertino, porque sabía que él bailaba desnudo, pero pasaba sin verlo (itonta!) para ver si él la veía a ella no mirarlo bailar desnudo... Era tan truculento y delicado a la vez, su método. Y nada... nunca le decía nada. Entonces, me gustas, escribió en un avioncito de papel...

No sé qué pasó en ese jardín... creo que se besaron, creo que estuvo horrible, que no importó, creo que (sé que) le rompió el corazón...

Y ahora entonces seré ella victimizándose y diré que todo es culpa de mi amigo afeminadamente enamorado (un poco más afeminadamente que enamorado, pero no gay, eh... eso no quiere decir nada, como cuando las mamás no terminan de asimilar la verdadera igualdad)... Bueno, se emocionó tanto cuando le conté que nos habíamos besado, que gritó a los cuatro vientos que ella y Pablo están de novios o algo así, y que eso llegó a oídos de la mujer—pesadilla para influir en el tan deseado Pablo y hacer que éste me reclame que por qué le estoy diciendo a todo el mundo que estamos de novios (¿y entonces qué estamos...?).

Yo ahora me llamo Pablo, y soy ese infeliz por quien ella sí lloró porque no le quedó de otra una vez que supo que me perdió por culpa de una mujer del mundo mundano, como llamo a este entorno humano frivolón y fatuo en el que ella escribe y llora, y se sorprende... porque a ninguno de los dos se nos habría ocurrido que Pablo en lugar de hacerse el malherido para volver antes de que ella le cerrara la puerta en la cara, vendría con el cuento de que otro amigo está enamorado de ella, y que por él teníamos que terminar nuestra relación (ah, qué bueno saber que sí era relación, al menos). Las mujeres no deberían ser las pesadillas de otras. Así como los galanes callejeros no traicionarían el amor que siente un amigo por una Amanda. No sé si a la final, como existían otras, a la final no le habría importado dejarla ni aunque no existiera ese otro amigo.

Genial... y ahora tenía que bancarme a este otro amigo enamorado de ella, ¿o más bien obsesionado con ella?

—Pero por qué te hací la weona si sabí que tú le gustai...

—Pero a mí no me gusta él... a mí me gustas tú

—Pero eh mi amigo po weon, y aunque diga que está bien que estemoh juntoh, yo sé que el weon puede estar ensangrentao aquí sobre el céspeh y decir que está bien (Sí, era chileno).

¿Se comprende mejor por qué ella y yo nos preferimos amantes e inventados? Para ser yo este ser ensangrentado tendría que estar muy loco, tendría que ser un gran mitómano, un masoquista, un ser capaz de enviarse una carta de parte de ella para sí mismo, y luego mostrarle a ella lo que se supone que una vez le escribió, y ella no lo recordaría y pensaría que alguien más está jugando con él, con ella, con el otro, que

si es la mujer—pesadilla, si quién, si cuándo... y así yo como este ser haría cualquier cosa para impedir que se me la lleve otro, y sería egoísta, y trágico, y todo... el guión del tóxico perfecto.

Pero eso no es lo que ella querría, sería como violar las reglas del genio que concede tres deseos que podrían ser cualquier cosa excepto hacer que alguien se enamore de alguien, y además la estaría obligando a estar conmigo, y eso tampoco sería lo que yo quisiera, si está claro que lo que yo quiero es que ella me quiera, a como de lugar, que ella me quiera.

Así que nos dejo solos otra vez... pensándonos, anhelándonos... evitando que ella se descuelgue del teclado, de la pluma, de la hoja en blanco, para seguir existiendo en ella, en mí como en todos los suyos y como en ella misma fuera de la ficción, en los dos, pues “no todo en la farsa es farsa...”

Y en este momento estoy pausado entre cien mil libros, porque ella no escribe... Llegada la noche más noche, se sienta sobre el piano letrado, se busca en alguna nota, se entiende y desciende hasta encontrarse con la palabra perfecta, cuando la palabra perfecta es ella entera.

Amanda Malocci se instala a ver cómo se suicidan sin gravedad las gotas de una bebida efervescente, y concluye en una libreta: “La soledad es un cuento, es un arrullo al que uno se acostumbra”.

*No, I can't forget this evening  
Or your face as you were leaving  
But I guess that's just the way the story goes...*

Yo quiero atravesar esa línea que divide la ficción de la realidad, y para eso me convierto en otros para y con Amanda, o me convierto en otra: la tantas veces nombrada con ribetes melódicos, escondida entre las sombras de un déjà vu atenuante. Trato de verla con el poder cuadrilante de la imaginación... es la tan de todos musa, que hace ver que la vida se musicaliza al paso, a la nota, al tiempo, al ritmo, al fin en el que la quieras tuya... “*emotional... landscapes... they puzzle me... confuse me...*” y pronuncia un estado, “*the state of... emergency... how beautiful... to be...*” ...que refluye.

Resulta entonces que se puede llegar a lo más bajo por amor, a lo más Light, a lo más melodramático, si es que tenemos esa idea del amor, si es que vivimos el amor

según la trama de una relación, si es que —mejor dicho— nos preferimos personajes.

No sería perfecto si fuera el galán—callejero, si fuera Pablo, sin que éste otro amigo trágico existiera, éste a quien ella llama Hugo.

Y no sería perfecto porque de todas formas me habría enredado con la mujer—pesadilla, y con quién sabe cuantas más... Y tampoco sería perfecto si yo fuera Hugo, pues la mantendría a mi lado amenazándola con que si no me quiere me voy a suicidar, en el caso de que ella no fuera una incrédula o fuera demasiado ingenua, ya que no habría tenido antes ningún ser amado real que la hiciera sentir especial, ni mucho menos que la haga cansarse de sus amenazas de suicidio como para que una vez que él le dijera “me voy a cortar las venas” ella pudiera responder: “pues córtatelas”.

Sin embargo, debo confesar que me agrada la idea del tipo trágico, que en caso de yo ser una ella, sí sería su novia por un buen tiempo antes de que le diera la obsesión conmigo y con la relación, y empezase a amenazar con lanzarse del puente, de manera que cuando apareciera otro sujeto más bien del tipo niño lindo, es decir, cuando la amenaza de suicidio ya no diera resultado para hacerla volver a mí, utilizaría como último recurso lo de enviarme una tarjeta virtual con su nombre y copia al mail de ella y de él, que dijera que ella sólo estaba coqueteando con este nuevo niño lindo (y pendejo) porque me extraña demasiado y que al que realmente ama es a mí. Y ella me dejaría en fin poner en su boca, en sus dedos, tanta palabrería para así obtener una historia digna de un personaje tan melodramático como sería yo si fuera él, pues sólo así sería junto a ella —y mucho más que Pablo— todo un personaje. Y así lo hizo.

Luego de todo este novelón, lo que le interesaría a mi Amanda sería más bien un yo del tipo niño lindo: el aparentemente inocente. Este niño introvertido que parece tener mucha ternura para ofrecer cuando se descubre, el que sería yo si pudiera ser, el que invento que soy como ella inventa (¿inventa?) que él es... por el que suspira mientras mis celos se tildan y mis deseos se subrayan. Ella dice que lo conoció en el jardín, (¿qué lo conoció en el jardín, en un campo de flores y que se vieron y, corrieron el uno hacia el otro en cámara lenta?) Por eso tanta idea de que Pablo y ella en primera persona se encontrarían en un jardín, y así...

Ella utiliza y fusiona los clichés y las experiencias, ella tiene todos los recursos para ser una escritora, ella encuentra en mí y en todos mis egos de personaje una manera de cambiar el rumbo de su vida.

De no ser por mis amigos, que me querían tanto junto a ella, porque ahora soy

Hugo y saben cuánto la amo (si la amas, déjala ir... si vuelve a ti...), no habría podido impedir que Amanda dejara a su melodramado por un huevón y así con más razón ella querría alargar el melodrama y quedar sólo como amigos con su tragicómico para así quedarse con el huevón alias el niño lindo ... y al que también le cambia el nombre para incorporarlo en la ficción.

—Es que se llamaba Antoine, y era francesito... parecía como un fantasma de lo blanco y delgado que era... pero tenía ese pelo negro y esos ojos de caramelo, y esa sonrisa...

Claro, la mujer—pesadilla vino a hacernos la vida imposible a todos, a absolutamente todos... Porque fue la verdadera razón por la cual Pablo dejó a María plantada en el jardín, como a cualquier cosa... Y fue ahí entonces donde Hugo llegó a consolarla, o a ponerse ahí como cualquier otra cosa que amortigüe los impulsos iracundos de María, extrañamente en forma de beso, y que entonces se empiece a portar como una ortiga, y no lo soporte, y que cuando subiera a la litera se encontrara a Antoine, a punto de lanzarse por la ventana por desamor de Anais, la más ni la menos otra mujer—pesadilla, quien lo había traicionado con un puto galán callejero, que seguramente le preguntó *¿Comment t'appelle?* Y entonces se acostaron. Ya no sé quién es quién. Supongo que esa es la idea.

Y que entonces este Hugo aceptara esa decisión de ser amigos día de por medio, y así unas veces se portaría como un verdadero amigo y otras como un verdadero ex—novio resentido que le pone y le quita cartas, joyas, recuerdos de él a su amada, a su inolvidable obsesión adolescente. Finalmente Hugo tendría tal astucia en ser como sería, como tengo la oportunidad de ser en esta historia, que se dispondría a cederle en público a su amada a Antoine, quien sería su posible amigo de la infancia, de la adolescencia, de cualquier lado, tan sólo para demostrar cuán valiente podría ser (si es que valiente es el adjetivo), y ver si tal vez ese masoquismo llama la atención de mi Amanda y le causase lástima (si es que no me hago más dramático y por ello aún más atractivo), de manera que ella dudaría si cambiarme o no por un huevón cualquiera como sería para mí Antoine, o Roberto, o Eduardo, o Enrique...

Porque las personas a veces nos enamoramos de los problemas, de los conflictos, como lo dije antes, de la trama de las relaciones; de poder identificarnos con nuestros personajes favoritos, de poder vernos a nosotros mismos en una situación simulada y poder tomárnosla en serio... Y así son los escritores con sus personajes, nos

tenemos dominados mutuamente con lo apócrifo, haciendo que los nombres pasen a un segundo plano, creyéndonos a nuestros personajes, jugando al amor... jugando al ser, a ser dios, y en este caso a ser un dios no (del todo) arbitrario.

Mas, como es de esperarse que se los diga, la suerte no está nunca del lado del personaje, siempre se asienta en la imaginación de quien me escribe, de manera que la curiosidad de ella termina ganándome en cualquier decisión que tomase para dejarme ser un personaje ideal, en cualquier decisión que tome una mujer como sería Amanda, aún siendo ella muy niña... aún siendo ella el personaje, quien optaría por experimentar el amor con este otro niño lindo, y así muy probablemente mataría al pobre Hugo.

Los personajes no somos nada al lado de las personas, la vida de nosotros está totalmente hilvanada desde otras manos, desde otros cuerpos, desde otras mentes ambidiestras, si nos deparan como personajes vivos, si intentan hacernos reales... si todo aquello que se quedará siempre en el intento.